

The background of the cover is a photograph of a woman with her back to the camera, standing in a vast, historic library. She is wearing a green and white striped dress. The library features high, arched ceilings with intricate stonework and rows of tall, ornate wooden bookshelves filled with books. The lighting is warm and golden, creating a sense of depth and grandeur.

La BIBLIOTECA de la NIEBLA

KAI MEYER

KAI MEYER

LA BIBLIOTECA DE LA NIEBLA

Traducción de María José Díez Pérez

1917

Sentía a Mara en toda la casa, aunque se había marchado hacía tiempo. Sentía su presencia en los pasillos de techos altos igual que notaría una corriente de aire, veía su silueta en los pliegues de las cortinas de brocado, oía sus pasos en las salas barrocas y en la escalinata de mármol.

Pero en ningún sitio se me antojaba tan cerca como en la biblioteca de mi tío, un fantasma en el laberinto de libros.

A veces, cuando pasaba por delante de las estanterías, creía verla al otro lado; una visión fugaz tras las hileras, un bailoteo en el polvo que se arremolinaba, una sombra en los lomos de piel de los libros. Y entonces deseaba poder oír su voz, su respiración, su risa suave e inteligente.

Pero los espíritus no ríen nunca, ni siquiera aunque estén vivos.

Nadie leerá esto. En cuanto haya terminado de escribirlo, quemaré las hojas. Y será como si las llamas devorasen el pasado —el dolor, el sentimiento de culpa y también la belleza—, y yo podré volver a respirar con más libertad, a pensar con más claridad, quizá a dormir de nuevo sin que en mis sueños regrese al frío palacio a orillas del canal de Catalina, en San Petersburgo, en febrero de 1917.

Ese día, el camino desde la Biblioteca Imperial hasta casa me dejó sin aliento. Había vaciado mi taquilla en la habitación de los bibliotecarios jóvenes y me había llevado varios de mis libros favoritos para ponerlos a salvo, por si alguien prendía fuego al lugar. San Petersburgo —cuyo nombre oficial desde hacía unos años era Petrogrado, aunque en la calle casi nadie la llamaba así— se sumía en el caos a un ritmo imparable. En los puentes que salvaban el río Nevá ardían las barricadas de los campesinos y los trabajadores, el zar había decretado la ley marcial. Circulaban rumores de que el ejército había recibido la orden de disparar. Y eso que pronto serían los soldados los que se levantarían contra Nicolás II y lo obligarían a abdicar.

Pero, hasta entonces, reinaría la anarquía más absoluta.

En la avenida Nevski los manifestantes iban de acá para allá con consignas y porras, con lo que uno se preguntaba hacia dónde querrían dirigir el país si ni siquiera eran capaces de imprimir una dirección a sus propios pasos. Más peligrosos que ellos eran los saqueadores y aquellos cuyo único objetivo era ocasionar destrozos. En mi camino de vuelta al canal, di un gran rodeo para evitarlos a todos, y cuando entré en el palacio —como de costumbre, por la entrada de servicio, porque sabía que mi tía lo odiaba—, agotado, pensé ingenuamente que ya había pasado lo peor.

Todavía no había visto la silla de ruedas de Ofeliya, que estaba volcada y con los radios de una rueda pateados. Ni la sangre en el gran salón.

No sospechaba ninguna de esas dos cosas cuando subí la escalinata desde el recibidor y atravesé la galería de pinturas para ir a la biblioteca de mi tío. Se hallaba en una sala del ala oeste en la que las estanterías seguían un patrón indescifrable, de manera que parecía uno de esos laberintos en los que hay ratones blancos que buscan la salida. En este caso el ratón era yo, ya que

desde que mi tío Alexéi Mijáilovich Kalinin me había nombrado responsable de su colección, también yo deambulaba por esa selva de áreas temáticas remotas y montañas de libros sin cartografiar. Como me permitía estudiar en la Biblioteca Imperial, mi tío opinaba que debía pasar mi tiempo libre ordenando y catalogando sus propios volúmenes.

Que no es que me importara. Algunas personas están hechas para los libros, y solo los ignorantes creen que es al contrario.

Dejé el montón que había traído conmigo en el escritorio que descansaba entre las ventanas y descorrí un poco una de las cortinas. Por la calle pasaba una turba enfurecida. Muchos hombres llevaban muebles y cuadros con marcos dorados; otros, lámparas de pie y montones de sábanas dobladas; dos, incluso una cuna. Debían de haber saqueado una de las otras casas señoriales del canal, tal vez la villa de los Sidorov. Victoria Sidorova había dado a luz hacía escasas semanas.

Visto con la perspectiva que da el tiempo, me resulta extraño que apenas me preocupara por nosotros. Esas personas de ahí fuera querían arrasar palacios abandonados, pero seguro que evitaban aquellos en los que había testigos. A fin de cuentas, yo estaba en casa, y también la servidumbre debía de estar en alguna parte, además de mis tíos y, naturalmente, mi prima Ofeliya. Eso pensé entonces, tonto de mí, y ello decía mucho de la ingenuidad con la que veía el mundo a través de las ventanas de la biblioteca.

El cielo se había encapotado, todo apuntaba a que caería un aguacero. Tal vez las hordas de insatisfechos se disolvieran por sí solas, volviesen a sus barrios, en los que por el día olía a ropa mojada y sopa de repollo y por la noche a aguardiente y vómito.

Justo cuando estaba cogiendo el primer libro del montón, una edición rusa de *El Kalevala* a la que tenía especial cariño, llamaron con fuerza a la puerta. Una red de conductos propaga-

ba el sonido por toda la casa, sobre todo cuando se utilizaba la aldaba como si fuese un martillo. O un ariete.

Miré de nuevo por la ventana: el pelotón de saqueadores había seguido adelante, seguro que en el portal no había más de uno o dos. Ninguno de los criados fue a abrir —debían de temer por su vida—, así que decidí ir yo: dejé atrás los cuadros, bajé la escalinata y recorrí el amplio recibidor. Uno solo sueña con vivir en un palacio hasta que vive en uno. Apenas había un día que no deseara irme a una casita de madera apartada en los bosques de Carelia, dejar esas paredes de pasillos largos, habitaciones expuestas a las corrientes y salas sin caldear.

Eché un vistazo por la mirilla, reconocí la nariz ancha y el cabello pelirrojo, y abrí la puerta.

—Salvo que pretendas llevarte manteles o la cubertería de plata...

—¡Artur! —Spiridon entró en el recibidor deprisa, haciéndome a un lado, sin aliento—. Tienes que irte de aquí. ¡Ahora mismo! —Llevaba una camiseta de rayas y un chaquetón de piel, probablemente para parecerse a uno de los marineros rebeldes de Kronstadt que iban por las calles con los campesinos sediciosos.

Cerré la puerta y aproveché el momento para ordenar mis pensamientos. No sé decir por qué la aparición de mi amigo fue lo que me sacudió —a fin de cuentas, había visto con mis propios ojos lo que estaba sucediendo fuera—, pero había algo en su tono de voz que resultaba mucho más alarmante que su brusca llegada. Me quedé helado por dentro y un temblor me recorrió las piernas.

—¿Qué ha pasado?

Él me miró sin dar crédito.

—¿Es que no lo sabes?

—Di.

Eché una rápida ojeada al recibidor. Solo un segundo des-

pués comprendí que no estaba calculando el valor que podían tener los preciados cuadros y alfombras, sino que buscaba a los demás moradores de la casa. Entonces también yo me pregunté por primera vez dónde se había metido todo el mundo.

Ofeliya debía de estar en su habitación, como siempre: no le gustaba el nuevo ascensor, pero detestaba más todavía que los criados la levantaran de la silla de ruedas y la bajaran en brazos por la escalera como si fuese una niña pequeña. Tenía veintidós años, los mismos que yo, y decía mucho de la tía Xenia que, después del accidente, no la hubiese acomodado en la planta baja. En lugar de hacer eso, Xenia había exigido a Ofeliya durante años que permitiera que la llevaran, hasta que esta apenas salía ya de su habitación en la primera planta. Que unos meses atrás el tío Alexéi hubiese mandado instalar el moderno ascensor con reja no cambiaba ese hecho en modo alguno. Ofeliya seguía prefiriendo estar sola, y únicamente se animaba cuando yo iba a verla para llevarle libros nuevos.

No sabía decir dónde estaría Xenia aquel momento, pero era probable que Alexéi estuviese en el despacho, quizá incluso en el salón de fumar, dando chupadas a uno de sus espantosos habanos. No creía que, en vista de las escenas que se estaban dando en las calles, hubiese ido a la editorial. A mi tío le gustaba postergar las cosas, ya se tratase de la infelicidad de su hija o del levantamiento de los campesinos rusos.

—Han llegado cuando tú estabas fuera —afirmó Spiridon con la más grave de las miradas—. La policía secreta ha estado en vuestra casa.

Negué con la cabeza con incredulidad.

—¿Aquí?

—Los cerdos de la Ojrana han mandado a casa a los criados y después se han ocupado de tu familia.

Quizá mi amigo hubiese oído un rumor falso. Esos días se

hablaba mucho, circulaban noticias funestas cada hora. Sin embargo, Spiridon me cogió por los hombros con fuerza mientras ponía la cara con la que se hace saber a los buenos amigos que la vida tal y como la conocían ha terminado.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo con gesto de súplica—. Ni dentro de cinco minutos ni dentro de un minuto, ¡ahora mismo!

Sentí vértigo, pero me zafé de él, me di la vuelta sin mediar palabra y subí corriendo la escalinata.

—¡Artur! —me gritó—. ¡No hay tiempo!

Sin hacerle caso, subí los escalones de dos en dos, llegué a la primera planta y enfilé el pasillo en cuyo extremo se encontraba la habitación de Ofeliya.

Ya desde lejos vi que la puerta estaba abierta de par en par. La alfombra pasillera hacía ondas. Las criadas tenían orden de alisar siempre las esteras, con el objeto de que no supusieran un obstáculo para la silla de ruedas de Ofeliya.

Los pasos de Spiridon golpeaban los peldaños muy por detrás de mí, en un mundo mejor, en el que la terrible certeza apenas era un presentimiento.

—Artur, ¡espera!

Percibí el familiar olor de la habitación antes de irrumpir en ella, el ligero perfume que siempre utilizaba Ofeliya, aunque nadie salvo yo entraba a verla. Me detuve consternado. La silla de ruedas estaba volcada delante de su cama, en un mar de cristales procedentes del espejo. Algunos de los libros que yo le había llevado la semana anterior se hallaban tirados por el suelo, como si alguien los hubiese lanzado por la habitación con una furia desmesurada. Probablemente la misma persona que, sin ningún sentido, había pisoteado una rueda de la silla. Había radios rotos apuntando en todas direcciones.

Spiridon se detuvo en el umbral.

—No podrás hacer nada por ella. Ya sabes lo que significa que la Ojrana se lleve a alguien. —Por lo visto, no se atrevió a ponerme de nuevo la mano en el hombro o tan siquiera a acercarse a mí—. Los tres han muerto.

Me volví y vi que se estremecía cuando nuestras miradas se encontraron, después pasé por delante de él y bajé.

En el salón descubrí sangre. Solo eran unas gotas, pero me imaginé que los habrían golpeado con un puño de acero. La policía secreta debía de haber pegado con él al tío Alexéi, quizá también a la tía Xenia. Pero, sobre todo, pensé: «Por favor, a Ofeliya no».

Spiridon, que me sacaba media cabeza y era mucho más rápido que yo cuando hacía falta, apareció a mi lado.

—He venido corriendo en cuanto lo he oído.

Spiridon solía oír cosas así porque contaba con los contactos necesarios y porque, con el taller de falsificaciones que tenía debajo de su tienda, todos los días corría peligro de acabar en las cámaras de tortura y de ejecución de la Ojrana.

—Dicen que interceptaron un envío con unos cientos de libros procedente de Alemania que tu tío había hecho imprimir allí. Un polémico escrito subversivo.

—¡Mi tío no es enemigo del zar! —le grité, como si todo fuera culpa suya.

—Si la Ojrana considera que lo es, no hay nada que hacer.

—Pero...

Me cogió de nuevo por el brazo y, cuando quise soltarme, no me dejó.

—Ahora escúchame bien: hace al menos una hora que se han ido, lo que significa que todo ha terminado. Lo siento, pero lo sabes tan bien como yo. Aunque dejen con vida a tu tío el tiempo necesario para interrogarlo, su sentencia de muerte es segura. En cuanto a las mujeres...

No fue preciso que terminara la frase, puesto que así eran las cosas en los días en los que el zarismo tocaba a su fin. A los enemigos se los ejecutaba sin juicio previo, se eliminaba a familias enteras solo con que se abrigase la sospecha de que podían tener algo que ver con los conspiradores.

Negué con la cabeza y quise replicar de nuevo, pero de mi garganta solo salieron graznidos.

—Volverán a por ti —insistió Spiridon—. Todo el que se relaciona con libros resulta doblemente sospechoso, pero antes incluso de que llegue la policía aparecerán los saqueadores, en cuanto se corra la voz de que los Kalinin se han marchado. No sé si prefieres caer en sus manos o en las de la Ojrana.

—Pero no puedo hacer como si Ofeliya hubiese muerto sin tener la seguridad de que es así —objeté.

—Tienes la seguridad. Los dos la tenemos. Porque hemos oído lo que les ha sucedido a docenas de personas más a las que han ido a buscar; no puedes presentarte sin más en la policía para preguntar. Pero te prometo que me informaré. —Tiró de mí, aunque a los pocos pasos me detuvo—. Y ahora ¿qué pasa? —me espetó.

No se lo podía explicar. Me habría gustado subir a la habitación que había ocupado Mara hasta hacía tres años para convencerme de que ella —no, su recuerdo— estaba a salvo allí. De que ningún saqueador podía hacerle nada a su presencia en la casa.

Spiridon frunció el ceño.

—Mara —se limitó a decir.

En un momento en el que no pensaba con claridad, le había contado que el recuerdo de Mara me perseguía como si fuera un fantasma. Quizá en más de un momento. Quizá unas cuantas veces.

—Es solo que... —empecé.

—Mara ya no está aquí —me interrumpió—. Está en Alemania, y pronto te reunirás con ella.

Clavé la vista en él.

—¿Qué?

—Ven conmigo y te lo explico. Pero no aquí.

No pude seguir resistiéndome. Sin embargo, había algo que no dejaría allí de ninguna manera.

—Espera un momento.

Subí de nuevo la escalera y volví a la biblioteca. Spiridon vino detrás, sin duda enfadado, pero esta vez sin rechistar. Desde la puerta vio que yo cogía el primer libro del montón: la traducción al ruso de *El Kalevala*, la epopeya finlandesa que reunía los poemas épicos de Carelia. Después pasé por delante de él para ir a mi cuarto y de un cajón saqué una paleta de pintor con pintura seca. Ambas cosas, el libro y la paleta, las metí en mi vieja cartera de cuero de la escuela.

—¿Ya has terminado? —me preguntó Spiridon.

Asentí y corrí abajo con él; lo seguí por la cocina hasta la puerta de servicio, salimos a la callejuela que discurría detrás del palacio y después, bajo la lluvia y el frío, nos alejamos del canal de Catalina y sus inmaculadas fachadas y nos adentramos en el mundo de Spiridon, con sus patios traseros llenos de humo de carbón, sus trampillas chirriantes y sus escondites en sótanos.

No nos detuvimos hasta que llegamos a su tienda, más de veinte minutos después. El minúsculo establecimiento se encontraba en una callejuela detrás de la plaza Heumarkt, embutido entre un zapatero judío y un sepulturero que, según los rumores, no enterraba únicamente cuerpos, sino cualquier cosa que quisieras hacer desaparecer para siempre.

Spiridon vendía rarezas y antigüedades procedentes, sin excepción, del famoso gabinete de curiosidades de Pedro el Grande.

O al menos eso afirmaba él con una seriedad inquebrantable. Que su tienda estuviese en una zona en la que vivía un número bastante alto de antizaristas era una contradicción solo a primera vista. Por más que deseara la caída de los Románov, a la gente le gustaba deleitarse en los recuerdos de los viejos tiempos, unos tiempos que ni siquiera habían vivido, y decorar sus casas con retratos de soberanos muertos y cuadros de palacios en paisajes nevados. Spiridon hacía negocios aceptables con este timo, pero ganaba una gran parte de sus copecs falsificando documentos y certificados.

Abrió la tienda y me empujó dentro. Ese febrero era benigno tratándose de San Petersburgo, caía más lluvia que nieve, pero solo entonces fui consciente de que la ropa que llevaba no podía ser menos apropiada para huir. El chaquetón valía para dar un paseo por la ciudad, pero, desde luego, para nada más. La estufa daba un calor agradable, señal de que, en efecto, Spiridon había salido precipitadamente; ni siquiera le había dado la vuelta al letrero de CERRADO en la puerta.

—Al sótano.

Señaló la angosta escalera de la pared del fondo, medio oculta por una estantería en la que se veían animales disecados, jarrones chinos, tallas orientales y unos cuantos tarros en los que flotaban narices, orejas y dedos. Pedro el Grande tenía un gusto peculiar. Por no hablar del rosario de ojos de cristal. O de la jaula de pájaros en la que unas bailarinas desnudas de porcelana daban vueltas cuando se accionaba una manivela. Y menos aún de la silla de montar para damas con protuberancias en puntos insólitos. Todo auténtico, afirmaba Spiridon cuando se le preguntaba por aquellos extravagantes artículos, aunque yo estaba seguro de que la mayor parte los mandaba crear en los talleres de los patios traseros del barrio, según diseños propios, ya que llevaba la falsificación en la sangre.

En el almacén que había al final de la escalera se ocultaba una puerta secreta, y, cuando Spiridon la abrió, quedó a la vista la trampilla de acceso al taller. En él había una gran mesa con toda clase de papeles apilados, sellos, tinteros y plumas, además de cinco máquinas de escribir. Los trabajos complicados Spiridon los realizaba en un atril con un taburete elevado.

—Siéntate. —Señaló una banqueta que había junto a la mesa.

—Prefiero quedarme de pie.

Cerró la puerta secreta, sacó de un cajón una botella de vodka y un vaso, y puso ambas cosas en la mesa.

—Bebe.

—No he venido a eso.

—Acabas de perder a tu familia. Aunque no quisieras mucho a Alexéi Mijáilovich y a Xenia Vladímirovna, todo esto te afectará. Si no ahora, pronto. Así que será mejor que bebas.

No toqué la botella.

—No puedo creer que vayan a hacerle algo a Ofeliya. ¡Maldita sea, es paralítica! —Sentí una opresión en la garganta. Me froté deprisa los ojos con el dorso de las manos.

Spiridon llenó el vaso y me obligó a cogerlo.

—No es malo. Y te ayudará.

Esa vez cedí. Lo que bebí no sabía mal. Podría haber sido agua o pis de caballo. Con el tercer trago me tranquilicé.

—Debes salir de la ciudad —insistió—. Y yo sé cómo.

—No puedo huir sin más.

—Huir es lo único que puedes hacer. De lo contrario morirás, igual que Ofeliya y sus padres. Eres bibliotecario, un intelectual, eso ya levanta suspicacias. Pero, sobre todo, administras la biblioteca privada de tu tío, bastará con que descubran en ella uno o dos libros sospechosos. Y encontrarán algo, siempre encuentran algo.

El rostro de Ofeliya bailoteaba tras mis párpados entre pun-

tos de luz de un rojo sangre. En su día, mi prima había sido una bailarina prometedora, había actuado en los principales escenarios de la ciudad, hasta que la rueda de un coche de punto le había destrozado las piernas. Nueve años antes, cuando mi tía me llevó a vivir a su casa —tras la muerte de mi madre, su hermana—, Ofeliya aún era una muchacha llena de ambición y ganas de vivir. El accidente truncó su futuro, sus esperanzas y sus sueños. Y la Ojrana le había arrebatado el resto.

La idea de que la policía secreta se la hubiese llevado a ras-tras y la hubiese estrangulado en una de sus salas de interroga-torio era tan estremecedora que la rechacé como una carta fu-nesta que uno se niega a aceptar, aunque sabe perfectamente que su contenido le dará alcance antes o después.

—En el puerto hay un barco —me contó Spiridon—. El *Saltan*. Está lleno a rebosar de refugiados a los que llevarán a Ale-mania y a Francia. Familias acomodadas, hombres de nego-cios de origen germánico con ciertos contactos, patricios ricos. Todos en la lista negra por un motivo u otro.

—Siendo así, hundirán el barco —repuse—. Ni siquiera lle-gará a mar abierto.

—Llegará, puedes estar seguro. Porque algunos de los que van a bordo han sobornado a todo el que sabe manejar un ca-ñón. Además de a su comandante. Varios militares de alta gra-duación son desde no hace mucho propietarios de suntuosos palacios, con todas las garantías y la parafernalia pertinentes. Es el precio que uno paga cuando no tiene elección.

—Yo no poseo nada con lo que pueda sobornar a nadie.

—¿Quién crees tú que ha falsificado la mayoría de esos do-cumentos? —inquirió.

—¿Y...?

—A cambio me han reservado una plaza en el *Saltan*.

—Bueno, pues buen viaje.

—Pero no seré yo quien suba a bordo, sino tú.

—No digas bobadas.

Spiridon abrió un cajón y sacó un sobre.

—Estos son los documentos que falsifiqué en su día para Mara y para ti.

Sal en una vieja herida que no se había cerrado del todo. En invierno de 1913, hacía más de tres años, concebí el plan de dejar el país con Mara. Le pedí a Spiridon que elaborase documentos para los dos, pero después todo resultó ser un gran disparate. Ni Spiridon —Dios lo bendiga por ello— ni yo habíamos vuelto a mencionar los papeles. Hasta aquel día.

—Cógelos —insistió—. Es posible que ni siquiera los necesites porque nadie te los pida. Pero, en caso contrario, los tendrás. Y cuando llegues a Leipzig y encuentres a Mara, podréis iros a América o adonde sea con ellos.

Yo sabía que solo lo decía para animarme. Mara no iría a ninguna parte conmigo. Por mucho que su recuerdo me persiguiese a cada paso, la verdadera Mara, la Mara de carne y hueso, se había decidido en su día por una vida mejor.

—Te has pasado horas hablándome de las cartas que te ha escrito —prosiguió Spiridon—. De Leipzig, la ciudad de los libros, con miles y miles de editoriales y de librerías convencionales y anticuarias. Aunque no la encuentres allí, parece un sitio hecho a medida para ti.

—Estamos en guerra con Alemania —le recordé.

—Alemania está llena de rusos que emigraron allí después de 1905. Según tus papeles —blandió el sobre—, tu padre era alemán.

—Mi padre era...

—Eso no tiene ninguna importancia —me cortó—. Si te comportas como si no fueses rematadamente tonto, es posible que no te tomen por un espía y podrás ir adonde quieras. En el

frente los alemanes también caen como moscas, así que en su ciudad de los libros necesitarán bibliotecarios. Y tú dominas la lengua.

Mi tío nos había enviado a Ofeliya, a Mara y a mí a la Petrischule, la escuela alemana de San Petersburgo. Hasta que estalló la guerra, Alemania era el socio comercial más importante de Rusia, y el comercio todavía no había cesado por completo. A ello había que añadir los estrechos lazos de sangre entre ambos países. La zarina y una gran parte de la aristocracia y del funcionariado eran de ascendencia alemana, y entre los burgueses cultos la lengua estaba muy extendida. Precisamente por eso, desde hacía años, en las capas más pobres latía el odio contra todo lo germano. Muchos seguían creyendo, incluso en plena guerra, que en el Gobierno había alemanes infiltrados, que el zar recibía órdenes del káiser y que la élite teutona se enriquecía sacrificando a la plebe en los campos de batalla.

—Ni siquiera tengo ropa en condiciones —aduje.

—Buscaremos algo mío. Bastará para la travesía.

Lo escudriñé.

—¿Por qué haces esto?

—Somos amigos.

—Si averiguan lo que estás haciendo, te matarán.

—También me matarán si encuentran este taller. —Esbozó una ancha sonrisa—. Pero no pasará. La revolución ya es imparable. Cuando los bolcheviques estén en el poder, dejarán de interesarse por alguien como yo.

—¿Desde cuándo eres un bolchevique?

—Soy lo que haga falta para seguir con vida. —Señaló con la cabeza los sellos y formularios falsos—. Llevo años dedicándome a esto. Sé librarme de los problemas. Y tú sabes llevar libros de un sitio a otro. No hay por qué avergonzarse de ello.

—Muchas gracias.

Spiridon sonrió.

—Dicho sea de paso, me viene de perlas, porque así podrás hacerme un favor.

—¿Qué favor?

Me puso en la mano el sobre con los documentos y después abrió de nuevo el cajón y sacó una caja de cartón plana. Estaba atada con un cordel y sellada con lacre rojo.

—Llévate esto —me pidió.

—¿Qué hay dentro?

—Un libro. O al menos es lo que debería acabar siendo.

Cogí la caja y la sacudí con suavidad. Un montón de papeles un poco más pequeños que el embalaje se desplazaron a un lado y a otro.

—¿Tus memorias?

—Llévalo a Leipzig —contestó—. Allí lo publicarán, aquí es demasiado peligroso.

Di unos golpecitos en la tapa con recelo.

—¿Es un panfleto como el que atribuyen a mi tío?

—Algo por el estilo, sí.

—¿Y se supone que tengo que cruzar las fronteras con él?

—El mar, que es distinto. Y en Alemania no le interesará a nadie.

—¿Quién lo ha escrito?

—Personas que dentro de poco serán muy influyentes.

—Revolucionarios.

—Si los quieres llamar así... —Asintió—. En Leipzig estará a salvo, allí podrán componerlo e imprimirlo. Se lo darás a un hombre llamado Iván Ivánovich Petrov. Eso es todo. Después no volverás a saber nada de él.

Aunque estaba mareado y empezaba a ser consciente de mi pérdida, pensaba con suficiente claridad para olerme que todo ese asunto clamaba al cielo.

—¿Quién exactamente paga este pasaje? ¿Y por qué no llevas esto tú mismo a Alemania?

Aunque el semblante de Spiridon era serio, no reflejaba ni rastro de perfidia.

—Es posible que lo hubiese hecho si no fuese mucho más urgente que te marches de aquí tú que yo. Esta caja te salvará la vida. Y salvará la mía, dicho sea de paso, si todo sale según el plan, el libro se imprime y estas personas llegan al poder.

—Lo que dices son sandeces, Spiridon. Hay cientos de maneras de sacar del país un manuscrito como este.

—¿Quieres que prueben a echarlo al correo? Estamos en guerra, como sin duda habrás advertido. Y acabas de vivir en carne propia lo que sucede cuando encuentran algo así en la frontera. Le siguen el rastro hasta su origen y aparece la Ojrana, y, si eso sucediera, nos costaría el cuello tanto a mí como a las personas que podrían conseguir que se produzca un verdadero cambio.

Sacudí la caja con más vehemencia.

—¿Qué hay dentro exactamente?

—No lo he leído.

—¿Ni siquiera el título?

—*Los planes de los padres eternos*. ¿Te basta? —Señaló un reloj que hacía tictac en la pared del taller—. El tiempo apremia. El barco zarpará pronto.

Tomé una decisión.

—El barco zarpará sin mí.

Sus ojos se encendieron con una mirada furibunda.

—¿Has perdido el juicio?

—Necesito tener la certeza de que Ofeliya ha muerto. —Estampé la caja en la mesa con tal fuerza que los sellos tabletearon en sus soportes—. No puedo irme antes. Si sigue viva, he de sacarla de aquí como sea.

—Ha muerto, Artur.

—Si es así, lo averiguaré. —Me volví para irme, la cartera con las pocas pertenencias que conservaba afianzada firmemente bajo la axila. *El Kalevala*. Y la paleta de pintor, que había sido el regalo de despedida de Mara.

—¿Quién es más importante para ti? —preguntó Spiridon cuando pasé por delante de él—. ¿Mara u Ofeliya? ¿A cuál de las dos te gustaría volver a ver?

Me volví en redondo, furioso.

—¿Lo dices en serio?

Un olor acre me recordó a los disolventes que utilizaba Mara cuando pintaba sus enigmáticos autorretratos. Spiridon empleaba toda clase de productos químicos para conferir a sus documentos una pátina artificial, y quizá se hubiese volcado alguno de los botes cuando dejé la caja en la mesa.

—Ofeliya ha muerto —aseguró en un tono tan despiadado como los esbirros de la Ojrana—. Mara, en cambio, está bien y vive en Leipzig. Eres tonto si no lo entiendes.

El orgullo y una indignación no exenta de engreimiento me decían que debía replicar algo, pero me limité a dar media vuelta negando con la cabeza y me dirigí hacia la puerta. Sin duda, las intenciones de Spiridon eran buenas, pero yo estaba confuso y lloraba la muerte de mi familia, y esas dos cosas me insuflaban un estado de ánimo con el que la razón no podía combatir.

Cuando extendí la mano para coger el picaporte, Spiridon me agarró por detrás.

—Lo siento —dijo en voz baja.

Pegué un grito, enfadado, en el momento en que me puso un paño en la cara. Aspiré un hedor acre. Resollando, intenté darle con la cartera, pero entonces un velo de colores centelleantes y casi agradable, porque me recordó la paleta de Mara, cubrió mis sentidos.

Sentí aún que las rodillas me flaqueaban mientras Spiridon me sostenía y pensé en lo atento que era por su parte, con la cantidad de cosas que tenía que hacer. Un hormigueo me recorrió el cuello y, cuando me llegó a la garganta, los puntos de colores se hundieron en la negrura como cantos rodados en un tenebroso lago, y yo fui tras ellos, los perdí de vista y no tardé en estar envuelto por completo en oscuridad.